

El sacerdocio eucarístico y lo sagrado

por: José María Iraburu



–A ver si nos enteramos por fin de qué es un cura.

–Lo más importante es que los mismos sacerdotes se enteren bien de su identidad y misión.

Ya contemplamos (269) a *Jesucristo, sacerdote eterno de la Liturgia cristiana*, y concretamente de la Eucaristía. Y ya sabemos también que *la liturgia es el ejercicio del sacerdocio de Cristo y de la Iglesia*, que, al ser su Cuerpo, es también sacerdotal.

–**Todo el pueblo cristiano es sacerdotal** (269 *in fine*).

La comunidad reunida en torno a Cristo forma «una stirpe elegida, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido para pregonar el poder del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable» (1Pe 2,5-9; cf, Ex 19,6). También en el Apocalipsis los cristianos, especialmente los mártires, son llamados *sacerdotes* de Dios (1,6; 5,10; 20,6). Y esta inmensa dignidad les viene de su unión sacramental a Cristo sacerdote. Consideremos ahora el sacerdocio ministerial instituido por el sacramento del Orden.

–**El sacerdote es el ministro re-presentante de Cristo** dentro del pueblo sacerdotal cristiano. Quiso el Señor instituir un «especial sacramento [el del Orden] con el que *los presbíteros, por la unción del Espíritu Santo, quedan sellados con un carácter particular, y así se configuran con Cristo sacerdote*, de suerte que puedan obrar como en persona de Cristo cabeza» (Vat.II, *Presbyterorum ordinis* 2c). Los sacerdotes, en efecto, son «consagrados de manera nueva a Dios por la recepción del Orden [*novo modo consecrati*, respecto de la consagración bautismal], y se convierten en instrumentos vivos de Cristo, Sacerdote eterno». De tal modo que «*todo sacerdote, a su*

modo, representa la persona del mismo Cristo, y es enriquecido de gracia particular para que mejor pueda alcanzar, por el servicio de los fieles, la perfección de Aquel a quien representa» (PO12a).

Según esto, la gracia propia del sacramento del Orden da a estos fieles un nuevo *ser*, que les hace posible un nuevo *obrar*. En adelante, estos cristianos constituidos sacerdotes-ministros, han de vivir, siempre y en todo lugar, el *ministerio de la re-presentación de Cristo* entre sus hermanos. *Sacerdos alter Christus*.

Con gran audacia expresiva el *Sínodo Episcopal* de 1971, dedicado al tema del sacerdocio, afirma estas realidades de la fe: «Entre los diversos carismas y servicios, únicamente *el ministerio sacerdotal* del Nuevo Testamento, que continúa el ministerio de Cristo mediador y es distinto *del sacerdocio común de los fieles* por su esencia, y no solo por grado, es el que hace perenne la obra esencial de los Apóstoles. En efecto, proclamando eficazmente el Evangelio, reuniendo y guiando la comunidad, perdonando los pecados y, sobre todo, celebrando la Eucaristía, *hace presente a Cristo, Cabeza* de la comunidad, en el ejercicio de su obra de redención humana y de perfecta glorificación de Dios... *El sacerdote hace sacramentalmente presente a Cristo*, Salvador de todo el hombre, entre los hermanos, no sólo en su vida personal, sino también social» (II,4).

El sacerdote re-presenta a Cristo de modo supremo en la eucaristía.

Afirma el Vaticano II que «Cristo está presente... en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la

cruz”» (*Sacrosactum Concilium* 7). Las oraciones eucarísticas presidenciales, las que reza el sacerdote solo, son oraciones «de Cristo con su Cuerpo al Padre» (cf. SC 84). En la liturgia de la Palabra hace el sacerdote presente al mismo Cristo, que enseña y predica a su pueblo. Es Cristo mismo, ciertamente, quien en la liturgia sacrificial dice por el sacerdote «esto es mi cuerpo, ésta es mi sangre». Es Él quien saluda al pueblo, es Él quien lo bendice, y quien, al final de la Misa, lo envía al mundo. Con sus ornamentos, palabras y acciones sagradas, *el sacerdote es símbolo litúrgico de Jesucristo; no tanto del Cristo histórico, sino del Cristo resucitado y celestial*, que sentado a la derecha del Padre, como Sacerdote de la Nueva Alianza, «vive siempre para interceder» por nosotros (Heb 7,25).

Por eso, la vivencia plena de la eucaristía exige una facilidad para reconocer a Cristo en el sacerdote. Apenas es posible contemplar la eucaristía en la fe, y participar de ella, si en la práctica se ignora este aspecto del misterio. En efecto, el ministro sacerdote en la Misa visibiliza la presencia y la acción invisible del único sacerdote, Jesucristo. Y, por supuesto, el ministerio del sacerdote visible no debe velar, sino revelar esa presencia invisible del Sacerdote eterno.

Si en la Misa no se ve a Cristo en el sacerdote, resulta en buena parte ininteligible, y no se podrá evitar que en su celebración se incurra en prácticas erróneas. Y esta ignorancia resulta especialmente grave cuando se da en el mismo sacerdote. Podemos apreciar lo que digo con algunos ejemplos.

–*El presbítero en la sede* re-presenta a Cristo, que preside la asamblea eucarística, sentado a la derecha de Dios Padre: poner como sede *una banquetilla, una silla corriente o un taburete*, proclama la ignorancia de esta realidad de la fe. No es ése el signo adecuado para significar litúrgicamente en la tierra la sede celestial. –El Domingo de Ramos los fieles en la procesión aclaman a Cristo, representado por el sacerdote celebrante, que entra en el templo –en Jerusalén–, para ofrecer el sacrificio, y le acompañan con palmas. Ahora bien, si *el sacerdote lleva también su palma*, no parece que tenga muy clara conciencia de que en esa procesión de los ramos él está simbolizando a Cristo. La rúbrica 9 del *Misal Romano*, en el Domingo de Ramos, al establecer el orden de la procesión, dice... «a continuación el sacerdote con los ministros, y por último, los fieles, que llevan los ramos en las manos». – Ignora igualmente el sacerdote esa re-presentación misteriosa de Cristo cuando, *modificando los saludos y bendiciones*, dice en la Misa: «El Señor esté con nosotros», la bendición de Dios «descienda sobre nosotros», «Vayamos en paz». En realidad, actuando así, no obra en cuanto ministro que representa a Cristo-cabeza, sino como un miembro más de Cristo: *oculta* al Señor, a quien debería *visibilizar* en esos actos ministeriales.

Se podrían multiplicar los ejemplos, pero todos ellos nos llevarían a la misma comprobación: *la fe en el ministerio del sacerdote como re-presentante litúrgico de Cristo* está hoy con frecuencia muy debilitada tanto en el pueblo cristiano como en los mismos sacerdotes. El *igualitarismo* de la mentalidad vigente es, sin duda, uno de los condicionantes

ambientales que explican ese oscurecimiento de un aspecto de la fe.

* * *

Lo «sagrado» cristiano (cf. 210: *La Iglesia es sagrada*). En la vida litúrgica es frecuente el uso de la categoría de «sagrado». Pero *¿qué es lo sagrado en la Iglesia?* En un sentido amplio, *toda la Iglesia es sagrada*, pues ella es «sacramento universal de salvación» (LG 48b, AG 1a). Sin embargo, el lenguaje tradicional suele hablar más bien de sagradas Escrituras, lugares sagrados, sagrados cánones conciliares, sagrados pastores, etc., y por supuesto, sagrada liturgia. En efecto, en Cristo, en su Cuerpo místico, que es la Iglesia, *se dicen sagradas aquellas criaturas – personas, cosas, lugares, tiempos, acciones– que han sido especialmente elegidas y consagradas por Dios en orden a su glorificación y a la santificación de los hombres*. Esa dedicación a Dios exige, normalmente, una *exclusividad* – la de un cáliz, por ejemplo–, que no permita el uso de esa criatura sagrada para usos profanos, por honestos que sean.

Según esto, *santo* y *sagrado* son distintos. Un ministro sagrado, por ejemplo, si es pecador, no es santo, pero sigue teniendo una sacralidad especial, que le permite realizar con eficacia ciertas funciones santificantes. De Dios no se dice que sea sagrado, sino que es Santo. *Lo sagrado, en efecto, es siempre criatura*. Jesucristo, en cambio, es a un tiempo el Santo y el sagrado por excelencia. Y precisamente la humanidad sagrada de Cristo, el Ungido de Dios, es la fuente de toda sacralidad cristiana.

La Iglesia establece una concreta disciplina sagrada de la liturgia. Ella tiene al mismo tiempo el derecho y la obligación de *configurar las formas concretas de la sagrada liturgia*, porque ellas son la expresión más importante del misterio de la fe. El concilio vaticano II, ateniéndose a esta verdad, da normas sobre imágenes y templos, cantos y ritos (SC 22). Y por eso mismo, previendo las arbitrariedades posibles de ignorantes o de orgullosos, ordena bien claramente «que nadie, aunque sea sacerdote, añada, quite o cambie cosa alguna por iniciativa propia en la liturgia» (SC 22,3).

Lo sagrado es un lenguaje, verbal o fáctico, que establece y expresa la comunión espiritual unánime de los fieles. Pero un lenguaje, si es arbitrario, no establece comunicación, como no sea entre un grupo de iniciados. Por eso los ritos sagrados implican *repetición tradicional*, serenamente previsible. En este sentido, los fieles tienen derecho a participar en *la eucaristía de la Iglesia católica* —no en la de Don Fulano—. Y para que puedan participar más profundamente en los ritos litúrgicos, «los ministros no sólo han de desempeñar su función rectamente, según las normas de las leyes litúrgicas, sino actuar de tal modo que inculquen el sentido de lo sagrado» (1967, instrucc. *Eucharisticum mysterium* 20).

* * *

—Que la mente concuerde con la voz.

Hemos recordado brevemente la naturaleza misteriosa de lo sagrado y de la liturgia. Afirmemos ahora, antes de analizar en los artículos siguientes la celebración de la eucaristía en cada una de sus partes, *el valor precioso de*

la oración vocal, y especialmente de la oración vocal litúrgica. Toda la liturgia, y concretamente la eucaristía, es una gran oración, *una grandiosa oración vocal:* himnos y colectas, salmos, responsorios, anáforas.

La oración vocal –como en otro lugar hemos escrito– «es el modo de orar más humilde, más fácil de enseñar y de aprender, más universalmente practicado en la historia de la Iglesia, y más válido en todas las edades espirituales... El cristiano, rezando las oraciones vocales de la Iglesia, procedentes de la Biblia, de la liturgia o de la tradición piadosa, abre su corazón al influjo del Espíritu Santo, que le configura así a Cristo orante. Se hace como niño, y se deja enseñar a orar» por su Madre, la Iglesia (Rivera-Iraburu, *Síntesis de Espiritualidad Católica*, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 2008, 7ª ed. 305-306).

El menosprecio de la oración vocal, por tanto, cierra en gran medida la puerta a la espiritualidad litúrgica. Por el contrario, la devoción a las oraciones vocales facilita en gran medida la vida litúrgica, y concretamente la vivencia de la Misa. En efecto, *una de las maneras más sencillas y eficaces de participar en la eucaristía consiste simplemente en procurar «que la mente concuerde con la voz».* Esta norma litúrgica del Vaticano II (SC 90) es sumamente tradicional, y la encontramos, por ejemplo, en Santo Tomás (STh II-II,83,13) o en Santa Teresa (*Camino Perf.* 25,3; 37,1). *Digamos, pues, de corazón lo que estamos diciendo en la Misa. Con una continua atención e intención, hagamos nuestro de verdad todo lo que dicen el sacerdote o los fieles. No tenga el Señor que reprocharnos: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Mt 7,6 = Is 29,13).*

Y que la voz se oiga y entienda.

El sacerdote que preside, dando a su recitación la claridad, la entonación y la velocidad convenientes, ha de pretender que los fieles participantes en la celebración puedan con facilidad entender, atender y participar, haciendo suyo lo que él va diciendo. No está él haciendo una oración ordenada solamente a su devoción privada, sino que está orando, en un ministerio sagrado, en el nombre de Cristo y de la Iglesia.

Y los fieles congregados, del mismo modo, deben participar también activamente en aquellas respuestas, acciones, cantos y aclamaciones que les corresponden, poniendo el corazón en lo que dicen o hacen. En la Casa de Dios están en su casa, como hijos del Padre, hermanos de Cristo, unidos en un mismo Espíritu. No tienen, pues, que estar cohibidos. El respeto y la humildad con que se debe asistir a los sagrados misterios no debe llevarles a colocarse al fondo de la Iglesia, lo más lejos posible del altar, o a recitar lo que es su parte en voz casi inaudible, como si en cierto modo fueran espectadores distantes o intrusos ajenos a la celebración. Los cristianos no van a *oir* Misa, sino a *participar* en ella. Éste es, felizmente, su derecho y su deber. Por eso es indicio de una espiritualidad litúrgica muy deficiente la recitación monótona, sin énfasis, en voz apenas audible e inteligible, de las grandiosas oraciones litúrgicas, que son nada menos que «la oración de Cristo con su Cuerpo al Padre» (SC 84).



(Pamplona, 1935-), estudié en Salamanca y fui ordenado sacerdote (Pamplona, 1963). Primeros ministerios pastorales en Talca, Chile (1964-1969). Doctorado en Roma (1972), enseñé Teología Espiritual en Burgos, en la Facultad de Teología (1973-2003), alternando la docencia con la predicación de retiros y ejercicios en España y en Hispanoamérica, sobre todo en Chile, México y Argentina. Con el sacerdote José Rivera (+1991) escribí *Espiritualidad católica*, la actual *Síntesis de espiritualidad católica*. Con él y otros establecimos la [Fundación GRATIS DATE](#) (1988-). He colaborado con RADIO MARIA con los programas *Liturgia de la semana*, *Dame de beber* y *Luz y tinieblas* (2004-2009). Y aquí me tienen ahora con ustedes en este blog, *Reforma o apostasía*.